

LA SAETA

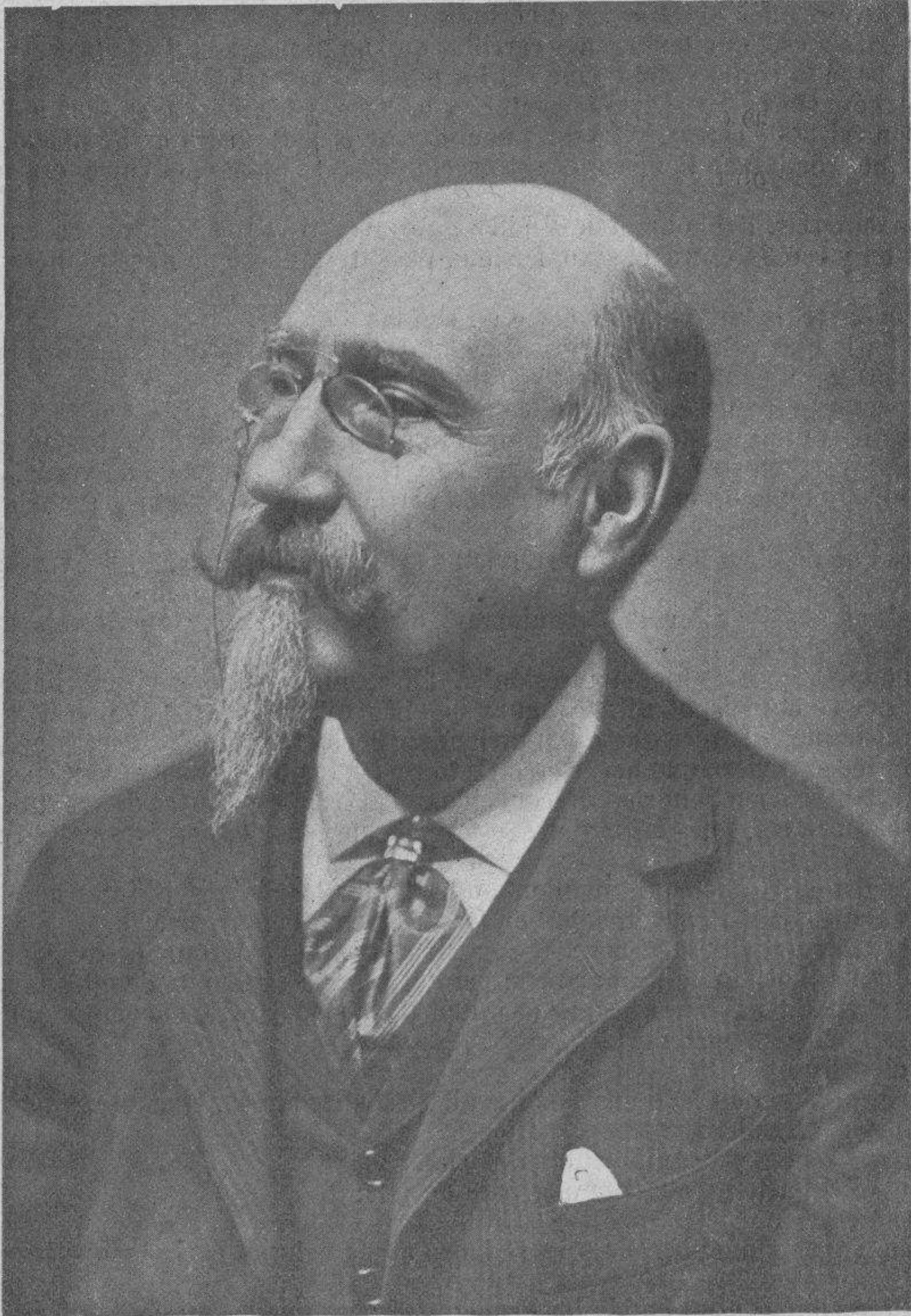
SEMENARIO ILUSTRADO

AÑO VII

BARCELONA, 30 DE JULIO DE 1896

NÚM. 297

NUESTROS GRANDES HOMBRES



JOSÉ ECHEGARAY.

LO DEL OJO

Bonifacio Barrigón era un tipo, en toda la extensión de la palabra.

Era feo, pero antipático.

Su cabeza parecía un botijo procedente de desecho de tienda, después de haber pasado por mil ferias.

Sus ojos, pequeños, tenían en cambio, forma circular y estaban ribeteados de rojo; parecía que se los habían orillado con balduque.

Su boca desmesuradamente grande, no ocultaba, sino que ponía de manifiesto, unos dientes semejantes á las primeras piedras de los monumentos ó de los edificios públicos, en lo grandes y en lo mal encajados.

De la nariz no hablemos sino para decir que era pequeña y remangada, como enaguas de mujer limpias, en día de lluvia.

Parecía que estaba oliendo las capas superiores de la atmósfera.

Añadan ustedes á eso que tenía unos carrillos que no parecían serlo de la cara; que su labio superior semejaba á la corteza del tocino en los pocos y cerdosos pelos que lo cubrían; que el talle era de colchón sin bastas, baja la estatura y los pies y las manos del tamaño de los de la estatua de Colón (vista de cerca), y tendrán una idea de la parte física de Bonifacio.

Verdad es que, como todo tiene su compensación en este mundo, el chico era tonto de capirote.

Y entre sus tonterías, había una que si bien á primera vista puede juzgarse extraordinaria, es en realidad muy común entre el sexo feísimo, pues tratándose de nuestro héroe, sería poco decir el sexo feo.

Decía que nadie tenía tanto partido como él, con las mujeres.

—Yo no sé en lo que consiste,—repetía á cuantos le tratábamos por mal de nuestros pecados;—pero apenas miro á una mujer ¡zás! ya está flechada.

Y no es lo peor que lo dijese, sino que lo creía á pies juntillas.

Iba por la calle contorneándose, con un aire tan satisfecho que hubiera bastado para excitar la risa, sino la provocaran su facha y lo exagerado y ridículo de su modo de vestir.

Porque Bonifacio tenía dinero y le había dado por la gomosería, lo cual acababa de hacerle grotesco.

Las mujeres que pasaban por su lado se reían al verle, cuchicheaban y se volvían á mirarle de reojo.

Y el imbécil, al observar aquellas maniobras, dirigíase al amigo que llevaba al lado y le decía:

—¿Eh? ¿Qué tal?... ¡Ya las hice impresión!... Mira, mira con qué viveza hablan... ¿Sabes por qué? ¡Por qué se me disputan!... Ninguna de ellas quiere ceder... ¿Lo ves? Ahora las dos me miran con disimulo... Parece que están diciendo: ¡Decidete pronto!... Pero ¡qué si quieres!... Ya estaría yo fresco si tuviera que hacer caso de todas las insinuaciones de esa clase que se me hacen!... En cuatro días me pondrían desconocido... Perdería este lustre de mi cutis que es uno de mis mayores atractivos, pues las mujeres están ya cansadas de hombres entecos, como vosotros.

Y así continuaba hasta quedarse sin aliento ó hasta que los amigos le interrumpían con una carcajada que él consideraba buenamente una manifestación de envidia.

Inútil es decir, que no había hecho más conquistas que la de alguna de esas infelices mujeres que sólo miran el bolsillo de los hombres; pero él veía en cada una de ellas una vestal y se daba tal pisto cuando tenía una *aventura* (así llamaba á semejantes encuentros), que no había quien le pudiese hablar en ocho días.

Su fin fué desastroso.

Una mañana, pasó por su lado una hembra alta, esbelta, airosa, elegante, en suma, con todas las condiciones apetecibles.

Volvió la cara hacia él y le guiñó el ojo derecho.

El inflamable Bonifacio no necesitó más para decirse:

—Esto es pan comido.

Y tan bueno le pareció el bocado, que se lanzó en derechura hacia la que juzgó conquista hecha.

La conquista recibió con un bufido los primeros piropos que la dirigió Bonifacio.

Pero siguió volviendo la cara hacia él y guiñándole el ojo.

—¡Bah!—se dijo nuestro héroe.—Está comprendido el juego... Quiere y no quiere... Lucha entre el amor y el deber...

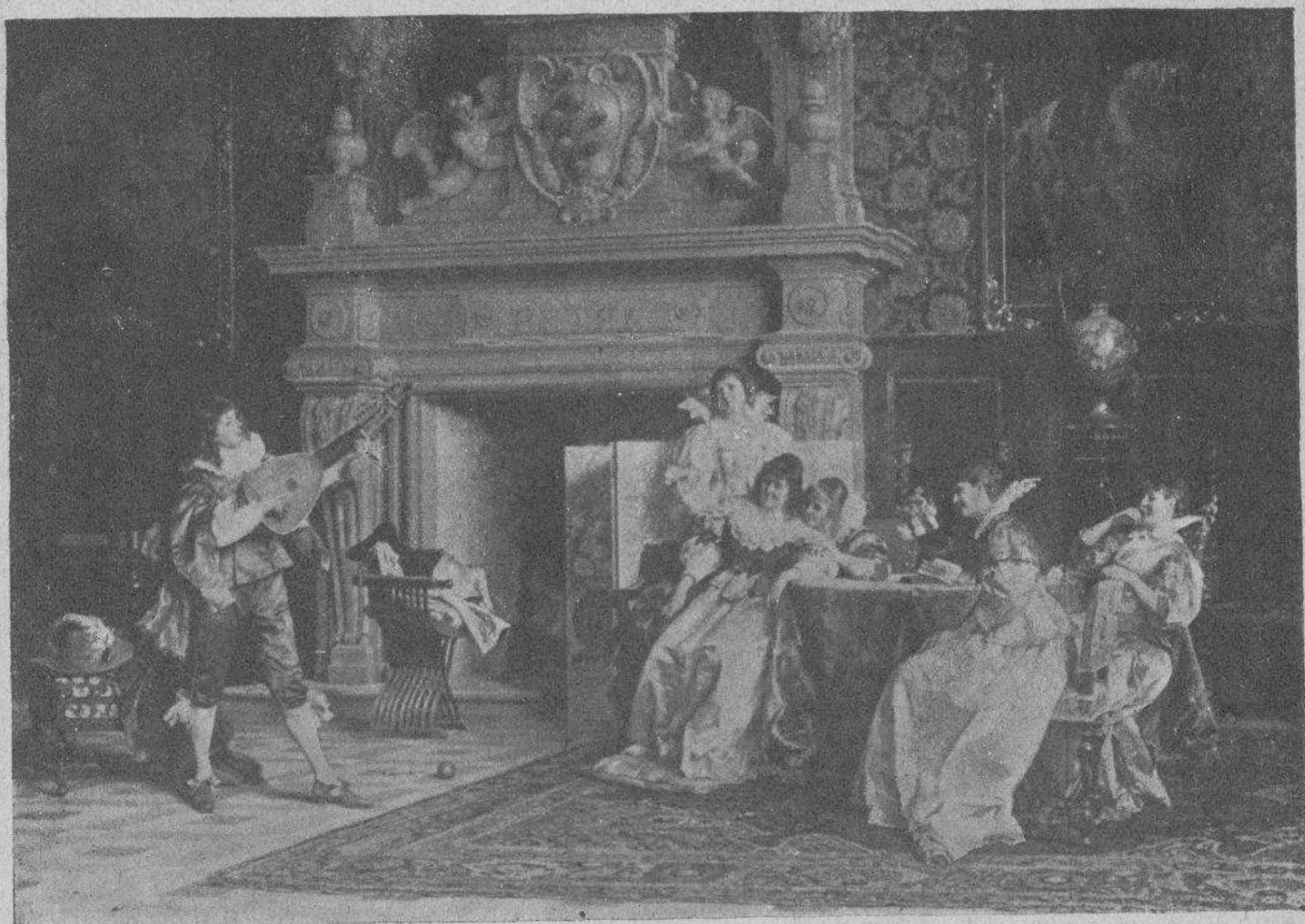
Y continuó impertérrito, acosando á la joven, á la vez que pensaba:

—He de salirme con la mía.
 Y, en efecto, llegados ambos á la puerta de la casa, donde sin duda, habitaba la sílfide, salió... un comandante de caballería, que la preguntó en tono adusto:
 —¿Quién es ese tipo?
 —Un majadero que me viene siguiendo desde hace una hora.
 —Pues espera, que voy á enseñarle á bailar sin necesidad de que vaya á ninguna academia.
 Y la emprendió contra el infeliz Bonifacio que en vano gritaba:
 —¡Yo la seguí porque me guiñaba el ojo!...
 El irascible marido contestó, sin dejar de sacudir:
 —¡Imbécil! ¡No comprendió usted que esos guiños eran movimientos nerviosos!... ¡Ahí va eso para que se le aclaren á usted los sentidos!...

Bonifacio fué llevado á su casa en una espuerta.
 Y poco después falleció, más que de los golpes, del susto recibido.
 Sus últimas palabras fueron:
 —El dirá lo que quiera... pero lo que es ella... ¡me guiñaba el ojo!...

BLAS QUITO.

BELLAS ARTES



UNA CANCIÓN PICARESCA, por T. Conti.

EL AROMA DE LAS FLORES

De un jardín por la enramada
 Solitaria y misteriosa,
 Asidas las blancas manos
 Iban dos niñas hermosas;
 Alegre y viva la una,
 Triste y pausada la otra.

Contando á la niña alegre
 Va la niña melancólica,
 De rejas y serenatas
 No sé qué reciente historia,
 En que la palabra *amor*
 Brotó de su dulce boca.

Sorprendida la inocente:
 —¿Qué es amor?—dijo curiosa.
 —Esto,—repuso mostrándole
 La triste dos blancas rosas,
 Que al blando impulso del céfiro
 Confundían sus aromas.

LUIS EGUILAZ

ASPIRACIONES ELEVADAS

De tiempo en tiempo se desarrollan las aspiraciones del hombre á viajar por los aires. Llegar á pájaro es el sueño de la criatura humana.

El problema de la navegación aérea, es el objetivo de los sabios y de los caballeros chiflados, durante algunos meses.

Después parece que se borra del pensamiento el gigantesco problema y nadie habla del asunto. Algún tiempo transcurrido, vuelve á excitar las cavilaciones del hombre el problema del vuelo.

—¡Si yo fuera pájaro!

¿Quién no ha sentido tan elevada inspiración en los albores ó en los hervores de su vida?

Unos se contentarían con ser gorriones y otros no se contentarían con menos de ser águilas imperiales.

Alguno aspiraría, si le dejaran, á ruiseñor cantante, y tal cual, á mochuelo fúnebre, ave grosera, para gozar anunciando desgracias á la gente de bien.

¿Quién no ha sido ave, en sueños?

¿Quién no ha volado durmiendo?

El patrón de una de las casas de pupilos en que he tenido la satisfacción de hospedarme, era hombre muy *fantástico*, según él y su esposa aseguraban.

Una de sus *chifladuras* era la del vuelo.

—El hombre ha nacido para algo,—decía.

—Sí, señor,—ratificábamos los presentes; por eso usted es conductor de correos, y otro es músico, y otro nace capitán retirado.

—Pero no puede admitirse,—continuaba, desplegando y aun despilfarrando un caudal de poesía y otro caudal de instrucción y recreo—que se le limite la esfera de acción.

—Sin embargo,—objetaban otros,—usted no puede ejercer de director de su ramo.

BELLAS ARTES



INVIERNO, por L. Abbema.

—No hablemos de injusticias de la organización social,—replicaba indignado.—El hombre ha de apuntar más arriba, levantar sus miradas al espacio indefinido é inconsciente.

Y así continuaba zurciendo disparates, hasta dar en la monomanía del vuelo.

Una noche, á las altas horas, oímos los pupilos un ruido extraordinario.

Acudimos para enterarnos de lo que había ocurrido, y vimos al patrón y á la patrona tendidos en el suelo y lamentándose.

Cuando entramos en la alcoba nos miraban con «ojos de espanto», como dicen algunos novelistas, ni más ni menos que si hubiera ojos para los días festivos, ojos para funeral, y ojos para todo.

—¿Qué es eso?—preguntamos.

Y después de unos cuantos minutos de silencio, cuando pudieron articular palabra, respondió la patrona:

—Yo no lo sé, éste me ha tirado del lecho conyugal.

Porque la patrona era también culta y fina en su estilo.

El patrón explicó lo acaecido.

Soñaba el hombre que volaba y había llevado consigo á su mujer para que disfrutase de la perspectiva de la tierra á vista de pájaro.

Y aleteando, aleteando, concluyó por dar con su cuerpo en el suelo derribando al mismo tiempo á su mujer, que iba como quien vuela á remolque.

Pues á pesar de todo, tal confianza le inspiraba el talento de su esposo, que decía:

—Este se ha propuesto volar y volará.

Y, efectivamente, un día se arrojó desde un balcón á la calle con unas enaguas de su mujer, y se rompió los dos alones.

En Inglaterra, en Francia y en el Norte de América se dedican varios ingenieros á la construcción de pájaros voladores.

Máquinas para viajar por el aire.

Ya se anuncia alguna línea de transportes aéreos, á precios reducidos: viajes de ida y vuelta.

Se fija también la diferencia de clases.

BELLAS ARTES



EL GRILLO, por A. Rotta.

Por ejemplo, los de primera serían los últimos en caer si fuere preciso aligerar de lastre la maquinaria, y los de tercera serían los primeros para la caída.

Cuentan que un inglés, práctico en viajes, se acercó á tomar pasaje en uno de los pájaros mecánicos, en Nueva York.

—¿Cuánto?—preguntó.

—En primera, cien dollars á París, ida y vuelta, sin manutención.

El inglés, después de meditar:

—Mi, pagaré de regreso.

Globos aerostáticos, pájaros voladores, máquinas volantes, proyectos de teléfono entre Marte y nuestro planeta.

Todo demuestra las aspiraciones levantadas ó levantiscas del hombre.

—No cabemos en este mundo,—como exclamaba un chico poeta y al par aspirante á pájaro. —Volemos.

Es verdad que para el que en éste no posee un perro grande, cualquier otro planeta habría de ser mejor.

Divulgado el secreto de la navegación aérea, nuestras costumbres sufrirán una metamorfosis completa.

Los coches y los yates de recreo para nada servirán á sus dueños.

Las personas escasas de recursos podrán utilizar unos y otros para mayor comodidad.

La gente principal usará pájaros mecánicos ó *planchas* de vapor, puesto que se asegura que las máquinas voladoras han de ser pesadas, ó mejor dicho de peso.

En épocas de congresos europeos ¡cuántos pájaros sabios veremos por el aire!

Y que sabios pesados hay en todos los países.

Mucho hemos de reir hasta acostumbrarnos á ver al ministro de un ramo del saber humano, aleteando para trasladarse al Senado ó al Congreso ó á la recepción.

¿Y las equivocaciones á que dará lugar á los primeros tiempos el uso de esos aparatos voladores?

Cuando disponga la señora:

—Fulano, avíame usted el pájaro.

Por supuesto que tardará mucho en llegar á España el invento y no se impondrá fácilmente. Aquí contaremos siempre con muchos partidarios de los pájaros fritos.

EDUARDO DE PALACIO.

BELLAS ARTES



LOBOS MARINOS, por A. Aublet.

BELLAS ARTES



UN GOURMET, por Eugenio von Blaas.



EN EL SERMÓN, por Alonso Pérez.

EL CANARIO MUERTO

Yo recogí tu postrimer mirada,
yo te estreché contra el transido pecho,
yo, en tu gentil, dorada cabecilla
dejé, llorando un beso!

No eras, á mis ojos, solo el pájaro
de rizas plumas y cantares célicos;
eras un alma inteligente y tierna,
un dulce compañero!

Cuando, al seguir mi fatigosa ruta,
veía malograrse mis esfuerzos,
y nubes de dolor se amontonaban
chocando, en mi cerebro;

O cuando al meditar en lo distante
que estaba de la meta de mis sueños,
sentía aparecer en mis pupilas
dos lágrimas de fuego;

Tú, revolviéndote en la breve jaula,
ansioso de acudir á mi remedio,
enviábasme, entre pios, mil amantes
palabras de consuelo!

Decíame que, así como el simoún
encorva la palmera del desierto,
mas no puede impedir que luego se alee
retándolo de nuevo,

Así el dolor, simoún del espíritu,
doblega al varón fuerte con su peso;
mas no deba lograr que se abandone
después al desaliento...

Decíame que, así como la nave
que surca proceloso derrotero,
tras firme combatir, alegre avista
el elegido puerto,

Así, el mortal que sigue áspera ruta
con alta frente y corazón sereno,
tras recio batallar, toca triunfante
la meta de sus sueños!

Yo te escuchaba con el suave éxtasis
que inspira melancólico instrumento,
tañido en clara noche de verano
bajo el azul del cielo...

Mas ya no existes: tu desierta cárcel,
la fría soledad de mi aposento,
prueban que el alma inteligente y tierna,
que el dulce amigo ha muerto...

Yo recogí su postrimer mirada,
yo la estreché contra el transido pecho,
yo, en su gentil, dorada cabecilla
dejé, llorando, un beso!

JOAQUÍN PONCE DE LEON

ARTISTAS HERMOSAS



Mlle. DUVERNOIS.



UNA BALADA, por R. Leinweber.



MATERNIDAD, por L. Raus.

BÚLAS PARA DIFUNTOS

Juanito es un zoquete,
mas por de pronto
quiere entrar en Hacienda
con sueldo gordo,
y los de planta
se plantan invocando
la ley de escala.
Pero es guapa su madre,
va al Ministerio,
y el chico pega un salto
de tres trapecios,
que en este mundo
ha de haber siempre *bulas*
para difuntos.

El duque de la Sota
con su carruaje
atropella una vieja
por ir á escape;
paran el coche,
y á las tres horas llegan
seis polizontes;
«al Inspector corriendo,
que pague multa»
pero él da su tarjeta
y ya hasta nunca:
¡picaro mundo!
que ha de haber siempre *bulas*
para difuntos;

¡Por qué doña Milagros,
actriz muy mala
se ajusta cual si fuera
primera dama,
y es la *verduga*
que todas las comedias
nos *ejecuta?*
Dicen que aunque la silban
en el teatro,
la aplaude luego á solas
el empresario:
ello está turbio
y no hay duda que hay *bulas*
para difuntos.

Perico es periodista,
fiel monaguillo,
que siempre canta gozos
á los Ministros,
y en recompensa,
un beneficio simple
pescó en la Deuda.
Si falta un escribiente
le echan el toro,
pero él cuando no pagan
dice: «aquí sobro;»
que en este mundo
son ya muchas las *bulas*
para difuntos.

¿Si contrata la Villa
para alumbrarnos
un gaz que luzca mucho,
limpido y claro,
y el contratista
nos le da tan brillante
que tira á tinta;
por qué no han de alumbrarle
con una multa
por contrario á las luces
y cena á oscuras?
¿Habrá chanchullos?...
¡cuántas *bulas* se venden
para difuntos!

Que unos levantan casas
de veinte pisos,
que otros levantan muertos
en los garitos;
que hay generales,
que han hecho su carrera
trotando calles;
que las que van en coche
van sin cartilla
y hay vagos, que respeta
la policía...
yo no me asusto
y digo; esas son *bulas*
para difuntos.

R. G. SANTISTEBAN

BELLAS ARTES



EL CRÍMEN DE LA CALLE DÉ X..., por A. Lejeune.

PERFILES



y Bonares



Pero, ¿es verdad que progresamos?

Indudablemente, si se entiende por progreso los nuevos inventos, los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, la fotografía ascética, y tanta y tanta maravilla con que nos sorprenden los sabios diariamente.

Yo no niego que esto sea progreso; pero es una sola fase del progreso.

El progreso material.

Pero, ¿y nosotros?

¿Progresamos asimismo moralmente?

Son las cosas las que se perfeccionan, pero no el hombre; luego, no somos nosotros los que progresamos, sino lo que nos rodea.

Y quizás este progreso de las cosas ahoga el progreso de los hombres.

Los grandes ideales tienden a desaparecer; la máquina, enemiga de toda poesía, no hará de nuestros nietos seres tan sentimentales y tan interesantes como lo fueron nuestros padres.

La única aspiración del hombre es hoy el bienestar material.

De aquí dimanar todas las luchas, todos los pavorosos problemas que nos rodean.

Sí, indudablemente, la ciencia adelanta; las más atrevidas hipótesis llegarán a realizarse y se descubrirá la piedra filosofal, y la cuadratura del círculo, y la navegación aérea y hasta los velocípedos aéreos; pero mientras esas nuevas máquinas del futuro *sport* crucen el espacio, aquí en la tierra nos seguiremos matando unos a otros, siempre en nombre del progreso.

Se inventarán máquinas para todo, hasta para lavarse las manos, que falta les están haciendo a muchos; pero el hombre caerá en la inercia, y será un esclavo de esos monstruos de hierro que vienen a substituir su inteligente participación en el trabajo.

Y buscando el bienestar material llegaremos a perderlo por completo, y vendrá día que nos comeremos nosotros mismos.

Y como el hombre no lleva dentro de sí el germen de la felicidad, porque han arrancado de su conciencia, de su corazón y de su alma todo sentimiento de fe, de abnegación y de moral, toda aspiración noble y grande, buscará en leyes hechas por los mismos hombres, lo que no puede dimanar más que de leyes divinas.

Y cada hombre querrá ser libre para buscar ese bienestar material tan deseado del modo que mejor él entienda, y tendrán que defenderse unos de otros, porque no habrá justicia, ley ni Roque que los defienda.

Y vendrá el amor libre y la mujer igual al hombre, y se destruirá la familia y toda clase de vínculos sociales.

Y llegará día que los jóvenes bien parecidos se hallarán ex-





puestos á que cualquier matrona á la moderna abuse de su debilidad por la violencia.

Porque, es lo que digo yo: si Dios no es Legislador Supremo; si toda moral no depende de El; si allá arriba no se castiga al malo ni se premia al bueno, ¿con qué derecho se meten unos hombres á dar leyes á otros?

¿Con el derecho de la fuerza?

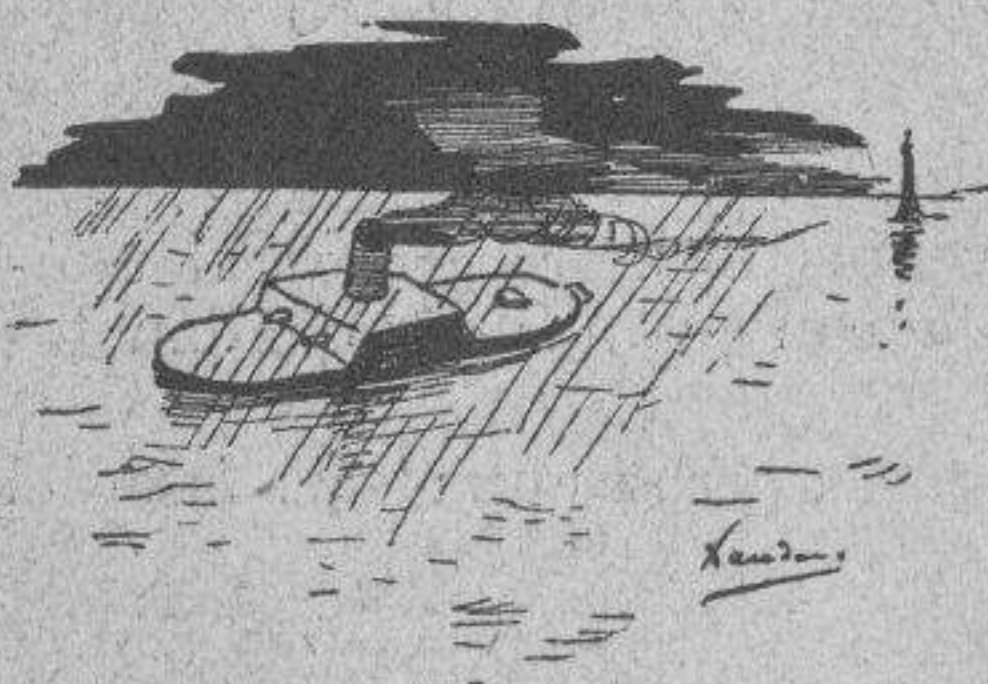
Pues la fuerza con la fuerza se repele.

Si los poderes de la tierra no tienen otra base más sólida en que apoyar su derecho que la de la fuerza, y la fuerza somos nosotros, ¡fuera gobierno y justicia y guardia civil y cárceles y todo! Cada uno se gobierne como mejor le plazca y cada uno se haga la justicia por sus manos y convirtámonos de una vez en seres libres.

¿No se gobiernan los animales sin necesidad de leyes ni gobiernos?

Pues viva la libertad de los animales, dejémonos de llamar personas, como epíteto deshonoroso, y vivamos como ellos.

Y ¡viva el progreso, la civilización moderna que á tal estado nos ha conducido, y muy pronto el mundo será un dilatado pesebre, digna morada del hombre libre!



Todo esto sucederá si Dios no manda otro diluvio universal sin arca de Noé, ó con arca para las fieras únicamente, porque después de todo, son los seres más inofensivos de la tierra y los más dignos de su bondad divina.



VICENTE SUÁREZ CASAÑ

Dibujos de XAURADÓ.

¡QUÉ RECUERDO, LEONOR!...

¡Era á la orilla del mar!
tú vivías en la fonda
adonde yo fui á parar,
y esta pasión singular
nació en la mesa redonda.

Me miraste, te miré;
yo te dije no sé qué;
respondiste sonriendo
y dando fin á un bisté...
¡Parece que te estoy viendo!

Unas veces destrenzada,
otras con lujo adornada,
siempre hermosa parecías
á mi alma enamorada...
¡Pero ¡Dios! cuánto comías!

¡No me dejabas vivir!
¡Que modo de discurrir!
Era tu amor tan inmenso
que ahora, al recordarlo, pienso
que no se puede escribir.

Aquello fué para visto;
porque siendo yo algo listo
y dándome tú en querer,

hubo la de Dios es Cristo
como suele suceder.

Y después nos separamos,
y hubo despedida, ¿estamos?
y aquello de—«Siempre tuya.»
«Amor eterno.»—«Aleluya»
y al mes, ya nos olvidamos.

¡Quién lo había de decir!
¡Quién lo había de pensar!
Ojos que te vieron ir
llorando á orillas del mar,
hoy frios te ven venir.

Fuiste unos días mi gloria,
y yo guardo esta memoria,
que al fin de aventuras harto,
ésta es la única en mi historia
que no me ha costado un cuarto.

Si en tu soledad, profano
llega un recuerdo liviano
y en tu cabeza se embosca,
alza como yo la mano
y sacúdete la mosca.

LUIS EGUILAZ

BELLAS ARTES



Trío, por E. Grützner.



La eminente trágica Sara Bernhardt en *Gismonda*.



MISCELANEA

Dos ciegos están implorando la caridad á la puerta de una iglesia.

—¿Quién es,—pregunta uno, ese señor que acaba de darte limosna?

—No sé; sólo le conozco de vista.

* *

Se habla de las ventajas del matrimonio.

Juan, con su voz más tierna:

—Y la prueba de que la vida en familia es la mejor... es que casi siempre se tienen dos.

* *

Un calvo, cuya carencia de pelo raya en lo inverosímil, ha ido á la última reunión en casa

de los señores X. El amo de casa lo encuentra en su cuarto, con un peine en la mano!

—¿Qué hace usted ahí?—le pregunta.

—Trato de reparar el desorden de... mi cabeza.

* *

Un noble arruinado, antiguo vividor, se va á unir *legítimamente* á una mujer de edad madura, cuya fortuna, según se afirma, no tiene el origen muy puro.

—A mi edad,—dice á un amigo,—lo mejor es casarse con una mujer experimentada.

—Caramba, eso depende de la clase de experiencia.